

¿Qué debemos hacer?

ADOLFO SUÁREZ

Rendir un homenaje a Julián Marías, implica, a mi entender, exaltar ante la opinión pública toda una larga vida y toda una obra de singular importancia, proyectadas ambas desde la inteligencia y la bondad personal. Esas dos cualidades, estas dos virtudes o fuerzas, se entremezclan en la vida y en la obra de Julián. Siempre ha actuado desde una bondad “inteligente” y su inteligencia, crítica, siempre ha sido constructiva, positiva. Nunca ha llevado a nadie a la desesperanza, el ensimismamiento y la pasividad.

Julián Marías no se ha dedicado a la política sino a otro alto quehacer: la reflexión, la denuncia razonada y la apertura, para todos, de nuevas posibilidades y cauces de actuación. Pero esa vida tiene mucho que ver con la política. Al menos con la política con mayúsculas. Por eso, Julián ha sido en la Transición política “Senador Real”. Por eso, en sus reflexiones nunca ha dado de lado a la materia política, a los problemas de la convivencia de los españoles.

Julián Marías nos ha dado siempre una gran lección política. Ha sabido demostrar, en su vida y en su obra, que las grandes aspiraciones políticas de los pueblos y de los hombre y mujeres, son objetivos de

todos e implican una tarea diaria, continua, esforzada, en circunstancias adversas o favorables. Esta lección la ha ratificado siempre con su ejemplo. En medio de tantas discriminaciones injustas como las que se le hicieron durante muchos años, Julián nos demostró que el hombre —y en este caso el hombre era él— desde cualquier lugar en que se encontrase podría esforzarse en crear libertades, en conseguir mayores cotas de justicia, en mejorar la vida común. Y que cuando este esfuerzo era abierto, cordial e inteligente, los objetivos trazados se conseguían.

Pero es que, durante toda su vida, la política, la convivencia de todos y sus problemas, han constituido materia frecuente de su reflexión. Desde el desapasionamiento, desde la objetividad, desde la solidaridad que él ha practicado de modo eminente. Repasar la obra de Julián, sus libros, sus artículos, es recordar y reflexionar sobre la historia española contemporánea. Julián ama tanto a su país y a su historia que ha querido demostrar —y lo ha conseguido— que la historia de España es “inteligible”. Y eso cuando muchos españoles se empeñaban en considerarla irracional, ininteligible o, al menos, un enigma de solución difícil. Julián ha sabido dar cuenta y razón de todos nuestros avatares políticos, de nuestros errores y de nuestros grandes aciertos. Y eso que Julián ha llevado a cabo, respecto a toda nuestra historia, lo ha hecho, con especial profundidad, respecto a los años que él ha vivido, respecto a las circunstancias que le han ido rodeando, y en definitiva, respecto a nuestra historia contemporánea.

Intervenir en este acto de presentación del libro de Julián Marías “La España Real” supone para mí rememorar unos años decisivos para nuestro país en los que, por voluntad del Rey primero y de los españoles a partir del 15 de Junio de 1977, tuve que desempeñar las funciones que corresponden al Presidente del Gobierno de España. Pero, además, —y yo diría que sobre todo— mi intervención supone dar testimonio de cómo una de las inteligencias más claras, lúcidas y profundas de España, iba dando razón, día a día, artículo a artículo, de los pasos que entonces dimos los españoles para alcanzar en paz y libertad, una democracia plena, un Estado de Derecho y el autogobierno de nacionalidades y regiones. Porque eso fue lo que hizo, en aquellos años, Julián Marías, animándonos a todos a seguir el camino emprendido, criticando nuestros errores, aplaudiendo los aciertos y sugiriendo siempre nuevos caminos y nuevas posibilidades.

Por todo ello, Julián, quisiera expresarte hoy, de corazón, mi más profunda gratitud y la de muchos españoles que nos sentíamos más seguros, más esperanzados y hasta más comprendidos al leer tus artículos y escuchar tus palabras.

Se ha dicho que la Transición Española no gozó del aplauso de los intelectuales ni del calor que ello supone. No es verdad. Junto a otros muchos, algunos de los cuales se encuentran entre nosotros, está el ejemplo de Julián Marías. Debo confesar que la lectura de sus artículos, en aquellos años, me ayudaron mucho a sobrellevar la carga del poder y a procurar acertar en mis decisiones y las de mis Gobiernos. Lo que ocurrió es que el fragor de la prensa y de los medios de comunicación que estrenaban nada menos que la libertad y ensanchaban sus caminos, a veces no dejaban oír en toda su profundidad las meditaciones y reflexiones de Marías.

Pero quienes estábamos atentos a ellas las pudimos saborear y encontrar en las mismas el enorme consuelo y la alegría de haber sido entendidos.

Hoy sólo quisiera brevemente enumerar los entendimientos fundamentales que pudimos encontrar en Julián Marías y que voy a limitar a cinco esenciales, aunque son muchos los que pudimos encontrar, todos dignos de resaltarse.

Se trataba, en primer lugar, en aquellos años, de dar confianza a los españoles en sus propias fuerzas, en su enorme capacidad para convivir en democracia y libertad. No éramos un pueblo extraño a nuestro entorno. No pesaba sobre nosotros una maldición histórica que nos llevara ineluctablemente al enfrentamiento civil. Éramos como los demás, como los mejores europeos. Sólo teníamos que respetarnos unos a otros, y pensar que el diferente a mí es, precisamente, mi complementario, el que posibilita que yo —y él— podamos desarrollar nuestras capacidades.

A mi juicio España o era la obra de todos, en común, o no era España sino una visión parcial de la misma que pretendía imponerse a todos.

Para que esto fuera inteligible por todos, Marías tendió una trampa. Una trampa que no era ni farisea ni sadúcea sino simplemente magistral.

Transcribió, en un artículo, estas palabras del profesor Congar.

“Sólo hay una solución: desapasionarnos. Hacer una crítica de forma lúcida y serena de las actitudes maniqueas, en el fondo sectarias, que lo ven todo negro o todo blanco. Es una enfermedad que padecemos en España donde todo forma finalmente el aire de una guerra de religión”.

Muchos se apresuraron a sacar argumentos históricos, políticos y hasta sociales para abonar esta frase. La trampa consistía en que la frase no se refería a España sino a Francia.

Esta pequeña sustitución del nombre del país hizo caer en la cuenta de nuestra semejanza histórica y política con quienes formaban nuestro contexto inmediato. No éramos distintos los españoles a los demás europeos. Podíamos aspirar y conseguir lo mismo que ellos habían alcanzado. Incluso mejorarlo. El “guiño” intelectual de Julián Marías encerraba una lección magistral y apoyaba la actitud política del gobierno que entonces tuve el honor de presidir.

A la proclamación de nuestro Rey D. Juan Carlos I y al iniciarse el cambio político, muchos españoles sentían miedo a lo desconocido. La pregunta que se formulaba era: “¿Qué nos va a pasar?”. Julián Marías subrayó la actitud del gobierno. No había que mirar al pasado, atenazados por el temor. Lo que debíamos preguntarnos era: “¿Qué debemos hacer?” y ponernos a hacerlo aquí y ahora. Recuerdo que en 1976 algunos de los que me rodeaban decían que no había precedente de que un país marchará en paz, sin sangre, de la dictadura a la democracia.

Y recuerdo también que yo solía contestar: “Nosotros seremos nuestro propio precedente”, porque sólo teníamos que hacer lo que era necesario realizar, sin más temor que el miedo al miedo mismo. Y eso lo supo explicar, en toda su profundidad, el magisterio de Marías.

El cambio político que pretendíamos en la transición era nada menos que devolver al pueblo español el ejercicio de su soberanía, de la que era y es único titular.

Así lo expresé en una de mis primeras comparecencias televisivas como Presidente del Gobierno. Marías supo entender nuestros propósitos y revelar toda su profundidad. Llamó al cambio político “La devolución de España a los españoles”.

Todos los españoles tenían que sentirse “ciudadanos” y, por tanto, protagonistas de la construcción de España. Esa construcción no admitía marginaciones de ninguna especie. Todos, cualquiera que fueran sus creencias, sus opiniones, su origen o su situación social estábamos llamados a participar en ella.

La “Devolución de España” tuvo lugar el 15 de Diciembre de 1976, en el Referéndum que ratificó la Ley para la Reforma Política que instituía nuestro primer Parlamento Democrático, y el 15 de Junio de 1977, al celebrarse las primeras elecciones generales libres, el referéndum del 15 de Diciembre fue calificado por Marías como “Ensayo general con casi todo”. Las elecciones del 15 de Junio devolvieron España a los españoles. Ante los resultados de las mismas y el descontento de unos y otros que pretendían mejores resultados, Marías advirtió: “Las únicas elecciones desastrosas son las últimas”, es decir, aquellas que no permiten que haya más elecciones. Todas las demás son buenas aunque todas también sean —para unos y otros Partidos— “manifiestamente mejorables”.

Por eso las mejores, eran las primeras elecciones, las que abrían el camino de la democracia.

Y, a veces, con insistencia que podía llevar a la hartura del televidente o del oyente, repetía sin cesar: “Nuestro objetivo se resume en tres palabras: elecciones, elecciones y elecciones”.

Pero ¿Cómo llegar a las elecciones?. Marías explicó con nitidez y claridad el camino político propuesto por el Gobierno. Primero la liberalización, después la democratización. Así era el camino emprendido. Primero fueron las libertades: de reunión, de asociación, de expresión, las amnistías y la vuelta de los últimos exiliados. Después instauramos la democracia a partir de las primeras elecciones generales libres, celebradas con todas las garantías imaginables. El camino de la libertad fue el único seguro para llegar a la democracia.

La última gran lección de Marías, en este elenco que se limita a sólo cinco de sus más importantes argumentaciones, fue el ánimo que supo inspirar a muchos españoles. El tiempo que vivíamos no era un tiempo de pesar o de desgracia. Era, por el contrario, un tiempo de alegría.

El Gobierno creía que los españoles debíamos ser conscientes de que todo era posible, de que estábamos iniciando una vida nueva para España. Descubríamos que no teníamos enemigos —salvo los que querían imponer su falta de ideas con la violencia— y que, por ello, debíamos hacer oídos sordos a los falsos profetas que auguraban siempre desgracias eternas. Por eso Marías advertía contra el desencanto. Pienso que el desencanto era —y es— la peor trampa, la trampa más negra. Empezábamos una nueva vida, una vida que no podía ya basarse en el recuerdo de una Guerra Civil, padecida hacía más de 40 años, ni en su desenlace, ni tampoco en la reconversión del mismo. Quienes habían participado en la antigua contienda no tenían que abdicar de sus razones, sino de sus sinrazones y abrazar estrechamente la parte de razón que tenían los contrarios. No lo que había en ellos de sinrazón. Esa era la base imprescindible para lograr la gran aspiración de la Corona y de su Gobierno: la auténtica reconciliación de todos los españoles. Debíamos asumir toda nuestra historia, con sus errores y sus aciertos.

Pero sólo para aprender de unos y otros y para encarar juntos el futuro que no podía traernos nada peor que lo que ya habíamos pasado. Sólo necesitábamos dialogar. Marías celebra el hallazgo del consenso en

los Pactos de la Moncloa y en la Constitución, aunque no reserva sus críticas para esta última. Eran críticas que tenían en sí mucho de advertencia.

A estas cinco grandes argumentaciones que en aquellos años nos proporcionó Marías, yo debo añadir, personalmente y desde mi gratitud una más, entre tantas otras que no he mencionado. Había acabado la transición. Después del primer entusiasmo algunos cayeron en la trampa del desencanto. El desencanto necesita un culpable. Nadie quiere ser culpable. El culpable, en este caso, era yo. Son los momentos de asedio al Presidente del Gobierno, la etapa del acoso y derribo de Suárez.

Cuenta Julián Marías, en este libro que hoy se presenta, que cuando yo comparecía en el Congreso con comentarios y discursos, él quería leer unos y otros en la prensa. Al parecer no los encontraba con la amplitud que deseaba. En una ocasión inquirió a un ilustre periodista sobre este inexplicable silencio de la prensa respecto a mí. El periodista contestó: “Tiene Vd. razón; pero si un periódico publica un discurso de Suárez, todos dirán que es de UCD”. Julián Marías contestó: “A mí sólo me parecería un periódico”.

Pero Julián Marías sigue contestando, dando respuesta —y respuesta limpia y profunda— a los problemas y desafíos de hoy, del futuro. Gracias Julián por tu magisterio. Tú has hecho de ti mismo tu mejor obra. Lo has hecho en todas las etapas de tu vida. En circunstancias favorables y adversas.

Muchas gracias por tu amistad.